

Introducción

Agradezco a la Universidad de Baja California Sur esta oportunidad de participar en un Simposium que aborda problemas de una actualidad dramática. Todo cuanto me propongo dar a ustedes en los siguientes 30 minutos es lo único que un periodista trae en sus papeles: notas dispersas y unas cuantas reflexiones.

NOTAS SOBRE EL COMUNICADO FRANCO-MEXICANO

Ponencia presentada por
MANUEL BUENDIA en el
III Simposium de Ciencias Sociales
"Centroamérica y El Caribe".
Universidad Autónoma de
Baja California Sur.
Coordinación de Ciencias Sociales.

Noviembre 13 de 1981.

El Presidente Reagan se llevó una sorpresa muy poco agradable el 28 de agosto, cuando México y Francia se unieron para presentar lo que podría considerarse como un desafío a la política norteamericana en Centroamérica.

Casi repentinamente, en la capital mexicana y en París, se dio a conocer un acuerdo que ambos gobiernos habían estado trabajando en secreto. (Por México, nuestro embajador en París, Horacio Flores de la Peña, cumplió durante esta delicada etapa un papel que la historia se encargará de reconocer).

El documento expresa que después de una serie de consultas entre los ministros Jorge Castañeda y Claude Cheysson, México y Francia acordaron reconocer que en El Salvador los revolucionarios que hacen oposición armada al gobierno, constituyen ya "una

significado que tendrá para una nueva estrategia de relaciones internacionales la alianza franco-mexicana y concretamente su resonante presencia en el conflicto salvadoreño.

Apenas la semana anterior, se había estado manejando la hipótesis de que el general Omar Torrijos, quien pereciera a fines de julio en un desastre aéreo, hubiese sido víctima de la CIA, precisamente a causa de su pretendida injerencia en los sucesos de El Salvador, y probablemente también en el desarrollo de la oposición armada al general Romeo Lucas, Presidente de Guatemala.

De pronto, en medio de esas especulaciones, los Presidentes José López Portillo y François Mitterrand asumieron una posición mucho más peligrosa para la política norteamericana, que aquella que supuestamente podría haberle costado la vida a Omar Torrijos.

En Estados Unidos, un grupo de diputados negros, pertenecientes al Partido Democrático, declararon que a partir del documento franco mexicano, los Estados Unidos ya no podrían enviar más ayuda bélica al gobierno de El Salvador, sin verse obligados a "considerar que la derrota militar del movimiento insurgente, que propone Washington, constituiría ya una derrota del propio pueblo salvadoreño". Los diputados agregaron que el acuerdo logrado por París y México, "modifica el contexto internacional en que se debate la situación de El Salvador".

López Portillo ha tenido que pagar internamente diversos costos de su/ ^{activa} política exterior. Hasta organizaciones de izquierda, habitualmente críticas del sistema, han dado su apoyo al Presidente por esta valiente actitud; pero a cambio, López Portillo se ha visto sujeto a presiones cuyo origen, magnitud y consecuencias apenas comenzamos a intuir. Veamos algunas de estas circunstancias.

Acosado por la crítica de once países latinoamericanos, el Presidente López Portillo decidió hacer inmediatamente una defensa vigorosa del acuerdo que México y Francia suscribieron para intentar una vía pacífica de solución al conflicto salvadoreño.

Tan pronto como fue conocido el documento, en los ámbitos latinoamericanos donde la voz de Washington es una pauta, se levantó un viento de escándalo, que el arzobispo de El Salvador, calificó sarcásticamente como un farisaico "rasgar de vestiduras".

Gobiernos continuamente acusados de violación a los derechos humanos como los que encabezan militares en Chile y Argentina, no tuvieron empacho en acusar a Francia y México de intervencionistas por haber suscrito una apreciación del conflicto salvadoreño y haberla puesto en una simple hoja de papel. Pocos días antes, el gobierno argentino había ofrecido armas y hombres a la junta militar de El Salvador, encabezada por Napoleón Duarte.

El 7 de septiembre, el Presidente mexicano se reunió con dos mil líderes de la poderosa organización obrera Congreso del Trabajo, y ahí acusó de interesada miopía a aquéllos que critican el acuerdo franco-mexicano. Pero quizá lo más resonante de este discurso del Presidente haya sido la acusación, apenas velada, de que los Estados Unidos están interviniendo militarmente en El Salvador, y de que el gobierno de este país es culpable de haberse ido "al peor de los extremos".

Preguntó el Presidente López Portillo: "¿Cómo no debemos admitir que hay una fuerza política representativa en El Salvador, cuando ese pueblo está dividido y entre sí lucha intestinamente, y la existencia de esa fuerza política es de tal naturaleza, de tal envergadura, de tal importancia, que el gobierno establecido acudió al expediente más extremo para luchar contra esa fuerza. Ha pedido y ha admitido la intervención de un país extranjero, y ese país extranjero ha reconocido la existencia de esa fuerza, de esa fuerza política?".

El Presidente mexicano también irónizó sobre el hecho trágico de que la existencia de las guerrillas sólo se reconozcan para los efectos de derramar todos los días una espantosa cantidad de sangre. Pero se les niega existencia y representación políticas para los fines de restablecer la paz.

Según López Portillo, México y Francia son "dos pueblos conscientes de sus responsabilidades internacionales" que

decidieron hacer algo práctico para impedir que continúe la matanza entre hermanos.

Agregó López Portillo: "Hacemos un llamado a la conciencia universal para que admitamos que hay ahí (en El Salvador), fuerzas políticas representativas, que deben buscar soluciones políticas por encima de los intervencionismos de cualquier fuerza hegemónica, y que se respete el derecho de los salvadoreños a resolver sus propios problemas, de acuerdo con su concepción institucional, la que se quieran dar y no otra, por encima de cualquier posición que lo impida".

Y subrayó: Lo que están haciendo México y Francia "es abrir las puertas de la alternativa digna (...) Esto no es intervencionismo; es un esfuerzo de un pueblo que encuentra solidaridad en otro, el de Francia, para abrir la conciencia de la humanidad y evitar que se sigan destruyendo estérilmente entre sí los salvadoreños".

Pero el conflicto salvadoreño habría de contribuir también a uno de los episodios más interesantes en la política interior de México.

Por circunstancias que llegaron a adquirir tintes casi dramáticos, el Presidente López Portillo se vio obligado a adelantar la designación del hombre que habrá de sucederlo en el poder. Este hecho causó una verdadera conmoción en los medios

políticos del país, a partir del viernes 25 de septiembre.

Tratando de explicar esto a lectores de otros países, lo expuse así:

Como se sabe, México es una de las contadas democracias que aún quedan en América Latina; pero su sistema político, comparado muchas veces con una "monarquía sexenal", reserva al presidente en turno el derecho de designar sucesor. La orden encubierta es acatada fielmente por el partido oficial, el PRI, y luego refrendada por la mayoría de los votantes, en una elección en que participan también otros candidatos, inclusive el de los comunistas.

Al mediar el quinto año de un período gubernamental de seis, los mexicanos se internan en una febril excitación tratando de adivinar el nombre del escogido a quien llaman "tapado" --en relación con una práctica en las peleas de gallos-- y también la fecha en que se dará a conocer.

Usualmente el "destapamiento" se efectúa en el mes de septiembre; pero esta vez el Presidente López Portillo había dicho que retrasaría la develación hasta finales de octubre o principios de noviembre, para llegar "con toda la fuerza de Presidente de la República Mexicana" a la junta de Cancún fijada para los días 22 y 23 de octubre.

Tan pronto como en junio hizo esa advertencia López Portillo, todo el sistema político del país fue ajustado a una férrea

disciplina, porque en México hace más de 50 años que nadie se da el lujo de violar gravemente las reglas del juego, ni siquiera los militares.

Sin embargo, vino de fuera un creciente acoso, que puso alerta a López Portillo y lo determinó a dar un candidato presidencial a su partido, para reactivar la vida política del país.

El propio López Portillo explicó privadamente que esta movilización popular era la mejor defensa contra las presiones que venían desde el exterior, a raíz de que México y Francia formularon su ya célebre pronunciamiento sobre El Salvador.

La declaración francomexicana había constituido un verdadero desafío a la política de Estados Unidos en Centroamérica y el Caribe. Pero las represalias no se hicieron esperar para la parte más vulnerable de ese par de desafiantes, o sea México.

El Departamento de Estado puso inmediatamente en acción a los aliados de Estados Unidos, encabezados esta vez por Venezuela. En Caracas se formó un grupo de nueve naciones que iniciaron una gran ofensiva diplomática para desacreditar la posición de Francia y México.

Washington, por supuesto, apoyó vigorosamente estos ataques, haciendo que su embajador en México, el ex actor de comedias musicales John Gavin, presentara una protesta apenas disimulada.

Además se invitó a López Portillo a concurrir a una junta con Reagan y el canadiense Trudeau, el 17 de septiembre.

Apenas seis días después de esa junta en Gran Rapids, el Presidente López Portillo se olvidó de lo que había pedido para sí mismo respecto a la cumbre de Cancún y adelantó la nominación de un candidato para su invencible partido, el PRI. Confió en que la efervescencia de la campaña electoral sería un buen escudo para resistir mejor las presiones y enfrentar los problemas quizá todavía peores de un futuro inmediato.

López Portillo designó sucesor a su secretario de Programación y Presupuesto, Miguel de la Madrid, un abogado de 47 años, postgraduado en Harvard.

(Personalmente tengo razones para suponer que otra candidatura --la que más disputaba a De la Madrid el poder-- fue eliminada en el ánimo del Presidente, al sentir en los primeros días de septiembre, cuando él esperaba mucho mayor apoyo de las fuerzas políticas que jefatura a través del PRI, que tal apoyo se/^{reducía} a una especie de báluceo. Fue entonces cuando el Presidente debió persuadirse también de que su partido no trabajaba sin candidato. Pocas veces un asunto de política exterior ha registrado tan inesperadas y profundas repercusiones en la política interior).

Pero he aquí otro aspecto del mismo apasionante episodio, visto, como todo lo que antecede, bajo la óptica de un periodista

mexicano que pretendiera explicar los acontecimientos a colegas o públicos extraños:

En los círculos oficiales y periodísticos de México fueron vistas con sorna las ventajas obtenidas por el Presidente de Venezuela, Luis Herrera Campins, a cambio de eminentes servicios prestados a Washington, a partir del 28 de agosto.

A principios de octubre, el vicepresidente de Estados Unidos George Bush estuvo en Caracas, y luego de prolongadas conversaciones con Herrera Campins, se declaró verdaderamente satisfecho por la excelencia de relaciones bilaterales, y en particular por el entendimiento sobre la crisis en El Salvador. Bush dijo que los gobiernos de Washington y Caracas estaban sintonizados "en la misma longitud de onda".

Al tiempo que Bush hacía el panegírico del gobierno de Herrera Campins, en la capital norteamericana se daban noticias de que la Casa Blanca había decidido entregar a Venezuela la extraordinaria cantidad de 24 aviones de combate F-16, con lo cual el gobierno de Herrera Campins se situó súbitamente en la cúspide del poder militar en una amplia área de Centroamérica y en el norte del macizo continental sudamericano.

Sin embargo, no todo era coser y cantar para Washington y sus aliados en relación con el conflicto salvadoreño, que afecta toda Centroamérica y el Caribe.

En tanto diversos líderes mundiales empezaron a manifestar en mayor número su apoyo al comunicado franco-mexicano, el influyente arzobispo Arturo Rivera y Damas, jefe de la Iglesia católica en El Salvador, dijo el domingo 4 de octubre, en la Catedral, que las elecciones no son una pánacea para los males que sufre ahora su país, sino que es preciso asegurar primero la viabilidad de elecciones verdaderamente libres, con garantías no sólo para los candidatos, sino principalmente para los votantes.

El arzobispo Rivera y Damas --bastante más moderado que su antecesor Arnulfo Romero, asesinado durante un servicio religioso por pistoleros derechistas, simpatizantes de la junta--, agregó que antes de las elecciones, es preciso que las facciones en contienda se avengan a realizar un diálogo, quizá bajo mediación internacional como la que ha ofrecido el Presidente de Panamá Arístides Royo.

Esto es exactamente lo medular del comunicado franco-mexicano, tan controvertido por los Estados Unidos y sus aliados, quienes así se ^{vieron} en aprietos para desvirtuar las coincidentes palabras del arzobispo Rivera y Damas.

En efecto, el comunicado suscrito por Francia y México propone que las elecciones sean el último paso de una cadena de hechos políticos, al principio de la cual debe estar una modificación de las circunstancias que por ahora ni siquiera

permiten pensar en que pronto pueda haber elecciones libres en El Salvador, donde expresen auténticamente su voluntad los ciudadanos.

Estas posiciones, es decir, tanto el comunicado conjunto de Francia y México como las declaraciones del arzobispo salvadoreño, contradicen frontalmente la política norteamericana que se apoya en el fortalecimiento militar de la junta para el exterminio volento de sus opositores y en las referencias a . elecciones para marzo, pero bajo circunstancias dentro de las cuales estaría asegurado de antemano el "triunfo" para los partidarios de la política que sigue el actual gobierno de El Salvador.

Respecto a lo que ocurrió después de que los mexicanos fuimos informados acerca de quién habría de ser nuestro próximo Presidente, el periodista hizo las siguientes observaciones:

Miguel de la Madrid inmediatamente fue visto con simpatía por un buen número de publicaciones norteamericanas, incluyendo al New York Times y los periódicos del poderoso sector financiero de Wall Street.

Estos comentaristas supusieron que Miguel de la Madrid atemperaría la política de López Portillo en Centroamérica y el Caribe, que tantos dolores de cabeza ha costado a Estados Unidos, principalmente a la actual administración encabezada por el ex actor Ronald Reagan y su secretario de Estado el

general Alexander Haig. Sin embargo, apenas 10 días después de recibir de López Portillo el espaldarazo, Miguel de la Madrid tuvo en su casa una larga conversación con el comandante Jaime Wheelock, ministro de gobierno nicaragüense, quien de pronto, se había presentado en México con una misión especial del gobierno revolucionario sandinista.

Al salir de la entrevista con el futuro Presidente de México, el comandante Wheelock dijo a los periodistas estas inusitadas frases: "Hemos venido delegados a testimoniar al compañero Miguel de la Madrid, la satisfacción de nuestra dirección superior por considerarlo un mexicano altamente merecedor de continuar la obra solidaria, fraterna, nacionalista y de gran contenido americano, que ha caracterizado al gobierno de López Portillo".

Cuando los periodistas preguntaron a Wheelock qué conclusión había sacado de las respuestas del candidato, el joven comandante dijo: "Hemos podido recoger que el calor y el apoyo del Presidente López Portillo también se expresará en el pensamiento, la programática y la gestión del gobierno de Miguel de la Madrid".

Un comunicado de prensa expedido desde el cuartel general del candidato a la presidencia de México, asentó que De la Madrid había dicho dentro de la entrevista con Wheelock:

"Los principios de la política exterior de México se mantienen

inalterables y el país, fiel a sus principios, objetivos e intereses, consolida su compromiso de estrechar los lazos de amistad y de solidaridad que lo unen con los pueblos de Centroamérica y el Caribe".

Esta declaración debió llegar también a las oficinas de la CIA en México y ser transmitida rápidamente a Washington, donde algunos evaluadores tal vez tomaron esa misma tarde una dosis extra de aspirinas.

Pero era necesario, para definir con mayor precisión el rumbo de la política exterior mexicana en los próximos años, que el licenciado Miguel de la Madrid hiciera apreciaciones directas, personales y comprometidas.

En su discurso de candidatura, el 11 de octubre, hizo sólo una vaga referencia a la política internacional del Presidente López Portillo, y volvió a suscitar preocupaciones en los sectores progresistas de opinión pública. Sin embargo, apenas ocho días después, Miguel de la Madrid despejó categóricamente cualquier duda que hubiese al respecto.

Al encabezar un mitin de apoyo a la conducción de López Portillo, el candidato priísta y futuro Presidente de la República tuvo las siguientes expresiones, que recogimos todos los mexicanos y que habremos de exigir que se mantengan como política internacional en el siguiente sexenio:

"México ha condenado (...) todo intento hegemónico por parte de cualquier potencia extranjera y ha reafirmado su

oposición a toda política imperialista".

"(...) Ninguna potencia tiene derecho para impedir a un pueblo el uso libre de su soberanía (...) Ningún título puede legitimar los actos de fuerza. De esa vocación de nación libre, dimana el apoyo mexicano a las luchas de liberación interna y externa, para alcanzar la autodeterminación nacional, y a los procesos de emancipación de los pueblos para eliminar toda forma de colonialismo y neocolonialismo".

"La solidaridad de México con los pueblos de América Latina pertenece a la esencia misma de nuestra naturaleza como nación (...) Al hacer suya esta doctrina, nuestro partido afirma su vínculo inquebrantable con los pueblos latinoamericanos y del Caribe (...) Nuestra nación, que conoce el significado profundo de una revolución, se identifica plenamente con los procesos de emancipación que se producen en esa zona".

Para ser todavía más específico, Miguel de la Madrid tuvo expresiones en las que no sólo honra la palabra de López Portillo, sino que compromete su propia palabra de honor, anticipando lo que será la política exterior mexicana en el próximo sexenio. No tiene otra posible interpretación esto que dijo:

"Las revoluciones de Cuba y Nicaragua son ejemplo vivo de la capacidad y decisión de los pueblos para definir un destino propio. Estas dos revoluciones, hostilizadas y asediadas continuamente por fuerzas extrañas, como lo fue en su momento

la Revolución Mexicana, han escogido las vías políticas de solución que mejor corresponden a su trayectoria histórica, a su idiosincracia y a su ideal como nación.

"El pueblo mexicano, por respeto, por simpatía y por afinidad, con lo que es esencial de su lucha, la justicia social, ha apoyado y apoyará a Cuba y a Nicaragua.

"El Presidente López Portillo siempre encontrará en su política hacia esos dos países nuestro firme y convencido apoyo. Los mexicanos sabemos hacer honor a la palabra empeñada por López Portillo.

"No podemos permanecer impávidos ante el sufrimiento del pueblo salvadoreño (...) Reconocer a un segmento importante de la comunidad salvadoreña como fuerza política representativa, es coadyuvar a que prevalezcan condiciones indispensables para que la voluntad popular, expresada mediante elecciones genuinamente libres, sea respetada. Nos hacemos solidarios con el Presidente López Portillo al juzgar que es la única vía para asegurar la autodeterminación del pueblo salvadoreño".

Con toda esta exposición de hechos y circunstancias he pretendido precisar un cuadro dentro del cual los mexicanos que nos sentimos comprometidos con las mejores tradiciones de la política internacional de México, tenemos no sólo una presencia sino también una responsabilidad que cumplir.

Por lo que a mí toca, siento que es mi deber apoyar firmemente, a través de todos los medios a mi alcance, los planteamientos y las determinaciones del Presidente López Portillo en relación con Centroamérica y el Caribe.

Nadie puede ignorar, --porque ahí está el testimonio de millares de palabras impresas--, que soy un periodista frecuentemente crítico frente a actos del sistema y del gobierno. Pero en política exterior, no regateo mi aplauso y mi compromiso solidario al Presidente López Portillo por su conducción ante la dolorosa crisis de los pueblos centroamericanos y caribeños.

Creo que esta política está a la altura de la que realizó Lázaro Cárdenas cuando la guerra civil española. Independientemente del juicio que nos merezcan sus gestiones hacia el interior del país, hay Presidentes que sin duda alguna tuvieron notables aciertos cuando se trató de salvar y de engrandecer el nombre de México en el exterior. Así, nuestro emocionado

reconocimiento a la conducta de Adolfo López Mateos cuando se negó a secundar el bloqueo norteamericano a Cuba. Así también, para Luis Echeverría por sus gallardas acciones en favor del régimen democrático de Salvador Allende y contra la dictadura del usurpador Pinochet.

Pero nuestra solidaridad con los pueblos de Cuba, Nicaragua, El Salvador, Granada, etc., debe ir más allá de las opiniones individuales.

Acabamos de pasar una crisis peligrosísima. Apenas el martes de esta misma semana se produjeron signos que de algún modo aflojaron la tensión de unos días terribles en que muchos pueblos de la tierra llegaron a considerar inminentes acciones armadas de los Estados Unidos contra Cuba, Nicaragua y Granada.

Si los Estados Unidos, por boca del Presidente Reagan y del subsecretario Enders, se vieron obligados a recular en la trayectoria de colisión trazada por el implacable general Haig, ello se debió en gran parte al levantamiento de la opinión pública mundial, que durante la semana pasada logró una movilización pocas veces vista para expresar repudio al belicismo norteamericano.

Informados, vigilantes y solidarios, cada uno de nosotros sentirá que el poder de la palabra y de la movilización cívica, en las ^{sucesivas} pruebas que pasen, demuestran su eficacia ^{como} recursos del hombre para salvar al hombre.